FL 33 19

Comienza aquí el tiempo dedicado a filología. Treinta minutos aproximadamente, centrados en temas de lengua y literatura dirigidos a todos los alumnos de Filología de la UNED. El tiempo de hoy lo vamos a dedicar a literatura española.

Los libros de viajes medievales es el tema que a continuación desarrolla Miguel Ángel Pérez Priego, catedrático de Historia de la Literatura Española de la Edad Media y el Siglo de Oro. El relato de viajes conoció en la época medieval un intenso cultivo literario. Peregrinos, mercaderes, embajadores, caballeros y gentes muy diversas recorrieron una y otra vez las partidas del mundo y en ocasiones dejaron testimonio escrito de sus experiencias y también a veces de sus sueños y fantasías.

Se creó así una copiosa literatura que abarca gran variedad de formas y modalidades. Desde las guías y relatos de peregrinación, los primitivos itineraria y descripciones de Tierra Santa, hasta las relaciones de misioneros y embajadores o los relatos de exploradores y aventureros, cuyo modelo clásico es el libro de Marco Polo, e incluso los viajes imaginarios y fingidos, como los famosos viajes o Libro de las Maravillas del Mundo de John de Mandeville. En la literatura española, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIV y a lo largo de todo el XV, cobraron también notable desarrollo este tipo de escritos y se documenta una apreciable serie de obras que se ascriben a los distintos géneros europeos y hasta pueden competir con sus mejores modelos.

En efecto, como muestra de relato de viajes fingidos, contamos con el libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo, escrito hacia 1350 por un anónimo franciscano, probablemente de Sevilla. Al género de las relaciones de embajadores se ascribe la célebre Embajada a Tamorlán, en la que se narra la misión diplomática que en 1403 envió Enrique III a Tamorlán, rey de Persia. Un típico relato viajero de aventuras son las andanzas de viajes por diversas partes del mundo habidos de Pero Tafur, escrito hacia 1454 y en el que se cuenta el viaje realizado por este caballero de origen sevillano a diversos lugares de Oriente y Europa entre 1436 y 1439.

Asimismo hay que incluir en la serie, como original muestra de relato novelesco de viajes, el libro del Infante Don Pedro de Portugal, obra que fue sólo primero conocida en versiones del siglo XVI, pero de la que últimamente se ha demostrado la existencia de versiones de alguna versión cuatrocentista. Por último, también convendría integrar en nuestro repertorio las traducciones de algunos muy difundidos libros de viajes europeos, como los citados de Marco Polo y de Mandeville, libros que hubieron de contribuir decisivamente al desarrollo del género en España. Delimitado pues el corpus de referencia, creemos que podría intentarse ya un estudio literario de estos libros de viajes españoles y un análisis de los rasgos artísticos que los definen y configuran.

Si ese análisis resulta válido, podremos contar con algún argumento más para instalarlos

definitivamente como categoría genérica y capítulo autónomo en el panorama de nuestra prosa literaria medieval. Tal es el propósito de esta breve charla. Analizaremos a continuación estos rasgos principales que configuran el libro de viajes y que creemos están constituidos fundamentalmente por el itinerario, el orden cronológico, el orden espacial, los elementos maravillosos y la forma de presentación del relato.

Atendiendo a su orden constructivo, lo primero que puede observarse es que en el libro de viajes la narración se articula básicamente sobre el trazado y recorrido de un itinerario, el cual constituye la urdimbre o armazón del relato de modo semejante, por ejemplo, a la sucesión de reinados o el sistema de anales en el género cronístico. Todos los libros medievales, desde los antiguos itineraria a los que dio nombre hasta las relaciones de embajadas o de aventuras, adoptan la disposición estructural de un itinerario que es seguido desde su comienzo a su final y ocupa toda la extensión de la obra. Únicamente el libro de Marco Polo presenta como singularidad genérica una curiosa alteración de este rasgo, y es que el itinerario propiamente sólo ocupa los primeros capítulos, en tanto que el libro termina convirtiéndose en una más ambiciosa descripción del mundo o divisamon du monde, como lo titula la primera versión.

Lo habitual en el género es, sin embargo, que el itinerario ocupe la totalidad del texto. Ocurre así incluso en los viajes fingidos, como en el de Mandeville, que articula todos los lugares descritos sugiriendo al lector un itinerario si bien impreciso e imposible. Más preciso, aunque no menos ficticio e imposible, es el itinerario que describe el libro del conocimiento, donde con gran celeridad y en un corto número de páginas se traza un impresionante recorrido que viene a dividirse en tres etapas, una por la Europa occidental, otra por el este de Europa y Oriente, y otra por África y Asia y regreso a Sevilla.

El itinerario como elemento estructural del relato tampoco falta en la fábula geográfica que es el libro de Don Pedro de Portugal, donde efectivamente se cuenta el viaje del infante y sus acompañantes para ir a ver las partidas del mundo, desde su salida de Barcelos y recorrido por Castilla, Venecia, Chipre, el Cairo, Jerusalén, etc., hasta llegar al señorío del mítico Prestejuan en Asia la Mayor, donde concluye el viaje. Pero los itinerarios más característicos, completos y precisos, como verdaderamente vividos, son los de la Embajada Tamorlán y las Andanzas de Tafur. En la embajada el itinerario comprende todos los lugares e tierras que recorrieron los embajadores de Enrique III desde Cádiz a Samarcanda y regreso de nuevo a España, al Cala de Henares.

Ese itinerario tiene dos fases bien diferenciadas, una por vía marítima, desde Cádiz a Trevisonda en los confines del Mar Negro, y otra por tierra, desde Trevisonda a Samarcanda, capital del imperio de Tamorlán, recorrido que naturalmente vuelve a desandarse al regreso. La primera es un viaje costero por el Mediterráneo, la costa italiana hasta Mesina, el mar Egeo y la costa turca, Constantinopla, y a través del Bósforo y el Mar Negro, la llegada a Trevisonda. En la segunda, los embajadores se internan en tierra, por regiones de Armenia y Persia, hasta llegar a Samarcanda, en Asia Central, en el actual Uzbekistán.

El itinerario es así un perfecto recorrido lineal, de ida y vuelta, está mucho más acelerada en el relato, y cuyo momento y núcleo principal lo constituye la estancia en la corte de Tamorlán. El itinerario del libro de Tafur es algo más complicado, aunque a lugares no tan alejados. El viaje, también por mar y por tierra, tiene ahora cuatro etapas y como centro de operaciones la ciudad de Venecia.

La primera comprende de Sanlúcar de Barrameda a Venecia, con visita a Roma y otras ciudades italianas. La segunda es un viaje a Oriente. La tercera, un viaje al Imperio Alemán y ciudades limítrofes de los Países Bajos.

Y la cuarta, el regreso a España por el Adriático y las costas del Mediterráneo. En este caso, y a pesar de este aparente orden, se trata de un viaje más azaroso y de aventura que en la embajada. En realidad, no hay un punto determinado al que se dirija el viajero y del que retorne sin más, conforme a un plan previamente trazado.

Por eso, no es infrecuente que en distintos momentos de su viaje, Tafur haga incursiones a nuevos e imprevistos lugares. En el trazado de este itinerario, el narrador de los libros de viajes se vio obligado a adoptar también un orden cronológico con el fin de dar cuenta, más o menos puntual, del desarrollo y de la historia del viaje. No se trata de una absoluta dependencia del tiempo, como ocurre en la crónica o en la biografía, pero sí de enmarcar en un cuadro cronológico las andanzas viajeras.

Naturalmente, este orden cronológico será tanto más estricto cuanto más objetiva y fiel a la realidad histórica se muestre la relación del viaje, cuanto más próxima esté de la crónica. Y lo será menos, cuanto más fabuloso sea éste y más nos aproximemos a la novela. La Embajada Tamorlán, que no es sino la crónica de un viaje oficial a instancias del propio rey, adoptará así un rigurosísimo orden cronológico, seguido prácticamente día por día.

De ese modo, el libro resulta un auténtico diario, una crónica cotidiana de los sucesos y escenarios del viaje desde el exacto día de la partida, Puerto de Santa María, 21 de mayo de 1403, al de la llegada, Alcalá de Henares, 24 de marzo de 1406. Cada día viene a formar así una unidad narrativa en la que se insertan las correspondientes descripciones de lugares y relación de sucesos y que variará en su extensión según el número y la importancia de éstos. En ese esquema habrá también pocos hiatos y lagunas de tiempo y éstos sólo motivados por la Las andanzas de Tafur no responden ya a un orden cronológico tan estricto y las indicaciones temporales son mucho más esporádicas e imprecisas.

No obstante, hay un tiempo real perfectamente respetado y que se puede reconstruir a partir de las referencias internas del texto. Atendiendo a ellas puede establecerse una minuciosa cronología del viaje que iría del otoño de 1436 a la primavera de 1439. Frente a lo que veíamos en la embajada, en el libro de Tafur el tiempo de la escritura está ya bastante alejado del tiempo de la experiencia, por lo que hay que considerarlo, más que como un diario de viaje, como una crónica retrospectiva.

El libro, efectivamente, está escrito tiempo después de concluido el viaje y en el texto no son raras las referencias a un presente distinto. Ello determina que el autor pueda hacer del relato una construcción algo más ordenada, cuidando, por ejemplo, de distribuir proporcionalmente la descripción de lugares a la ida y a la vuelta o que seleccione materiales y sucesos y algunos pueda darles una función más artística en el relato. Digamos, por último, que el orden cronológico prácticamente no existe en los libros de viajes fingidos.

Con todo, lo más importante en el libro de viajes, lo que crea su verdadero orden narrativo es el espacio y no el tiempo, los lugares que se recorren y se describen. En principio diríamos que en este punto hay un propósito totalizador de describirlo todo, de incorporarlo todo al relato, aunque sólo sea mediante su simple mención. El libro del conocimiento, que es algo así como un relato cartográfico, como un inmenso mapa desplegado en palabras, trata de comprender nada menos que todos los reinos, tierras, señoríos que son por el mundo, y si bien sólo nombrándolos está a punto de conseguirlo.

Aunque con propósitos menos ambiciosos y sí más ceñido a un itinerario concreto, la embajada tamorlán tampoco desdeñará la incorporación al texto de todos y cada uno de los parajes que recorren los embajadores, por insignificantes que sean, produciéndose con ello un espectacular amontonamiento de nombres y lugares. Pero a pesar de ese primer impulso totalizador, en el libro de viajes no todo es de la misma importancia para el viajero, por lo que el narrador se verá obligado a elegir y seleccionar los hitos fundamentales del itinerario. Esos puntos privilegiados serán precisamente las ciudades.

La ciudad se convierte entonces en el índice de referencia esencial a través del cual progresa la descripción del itinerario. De esa manera, las ciudades se van constituyendo en los verdaderos núcleos narrativos en torno a los que se organiza el resto del relato, hasta el extremo de que cuando no existen ciudades en una etapa del itinerario que se sigue, se produce una brusca aceleración del tiempo de la narración. En cambio, la presencia de una ciudad importante, como Constantinopla, Venecia o Roma, retarda el ritmo temporal y alarga considerablemente la narración.

En torno a ese núcleo narrativo que forma la descripción de la ciudad, se organizará ya todo el relato mediante la puesta en práctica de los comunes procedimientos amplificativos y digresivos. El marco de la ciudad, allegada a ella, dará ocasión para contar el mundo visto y experimentado, el recibimiento y audiencias de los mandatarios del lugar, lo que a su vez permite describir el ceremonial cortesano, las fiestas, los vestidos, etc. O también da pie para describir las visitas a edificios y monumentos, lo que a su vez desencadenará digresiones religiosas sobre el culto, las reliquias o leyendas geográficas.

El encuentro con gentes particulares, en fin, cuya historia o leyenda se narra, da pie a digresiones sobre la historia de la ciudad y sus relaciones políticas con otros lugares. Parte muy especial de aquellas digresiones ocupan lo que esos mismos libros llaman las maravillas. Era también de seguro lo que más atraía la atención y lo que generosamente venía ofreciendo el

relato de viajes desde sus primeras muestras medievales, incluso destacándolo muchas veces en el título.

Así, el libro de las cosas maravillosas de Marco Polo o el libro de las maravillas del mundo de John de Mandeville. Lo maravilloso, dicho brevemente, estaba constituido en gran medida por lo extraordinario, lo fabuloso que había propagado la leyenda de Oriente y que poblaba la imaginación del hombre medieval. Era la concepción creada de un Oriente insólito, desconocido y casi increíble, que se había difundido por la Edad Media a través de muy diversos conductos, desde la ciencia enciclopédica, bestiarios, lapidarios, cosmografías, tesoros, etc., hasta las leyendas de enorme impacto de Alejandro Magno y, sobre todo, la del preste Juan de las Indias.

Muchos de esos materiales, convertidos ya en lugar común, serán recogidos e incorporados al libro de viajes medieval. Pero es sobre todo en los libros de viajes fingidos donde más abunda ese tipo de maravilloso fantástico. Así ocurrirá, por ejemplo, en el libro de Mandeville, quien, muy consciente de la fascinación de aquellos materiales, cuidará de empedrar su relato con toda suerte de curiosidades y maravillas, tales el ave fénix, las manzanas del paraíso, el bálsamo, los graneros de José, las propiedades de los diamantes, los equíopes de un solo pie, pero tan grande que puede servirles de sombrilla, etc., o multitud de leyendas fantásticas, como la de la doncella de la Isla del Lago, convertida en dragón, o la del mancebo en la ciudad de Siete Lías, que engendró un monstruo de su amada muerta.

También esas maravillas recibidas de la leyenda o de la tradición enciclopédica abundan en el libro del conocimiento, donde se describen, entre otras, los hombres sin cuello y con la cabeza en el pecho, que el autor sitúa en Noruega, o los hombres perro, los cinocéfalos, que viven en Tartaria y de los que afirma, yo vi uno de ellos en la ciudad de Norgancio, o los árboles que dan como fruto grandes pájaros en Irlanda. Sin embargo, mucho más importante en este aspecto será el descubrimiento de lo maravilloso real que ofrecen los libros de viajes verdaderos, y que seguramente es la gran aportación al género del libro de Marco Polo, quien por primera vez da cuenta de un mundo insólito y desconocido, pero absolutamente real, visto y experimentado por él, y que causará asombro en Occidente. Ese maravilloso, que en realidad no existe como tal, sino que viene a ser lo no observado cotidiana y familiarmente, es el que describen con una gran modernidad libros como La Embajada o Las Andanzas de Tafur.

En el primero, ese maravilloso reside, por ejemplo, en la grandiosidad impresionante de Constantinopla y el esplendor de los mosaicos de Santa Sofía, o en el paisaje imponente que comienza entre Visonda, o en la suntuosidad del campamento de Tamorlán y todo su ceremonial cortesano. Y en el libro de Tafur puede escribirse en la visión magnífica de la Roma decadente y medieval, o en la descripción de la ribera del Nilo, donde estuvo un mes, dice, mirando muchas cosas he muy extrañas, mayormente a los de nuestra nación. O puede descubrirse en la gran fábrica de la ciudad de Venecia, o en la ribera del Rin, de la que afirma, es sin duda la más hermosa cosa de ver en el mundo.

La contemplación de todo ello causa gran asombro y admiración en el viajero, que querrá transmitirlo a sus lectores, pero también trata de racionalizarlo, trasladando a ello sus hábitos de observación más familiares. La comparación será, de nuevo, el procedimiento más eficaz para la descripción de todas estas cosas maravillosas. Los elefantes, los marfiles, como se les llama, que el autor de la embajada contempla en el campamento de Tamorlán, eran, dice, negros, y no dan pelo ninguno, salvo en la cola, que han como caballo, que han unas pocas de sedas.

Eran grandes de cuerpo, que podían ser cuatro o cinco toros grandes. El cuerpo han mal fecho, sin talle, como un gran costal que estudiese lleno. Por eso, ante lo que no es fácil o no es posible racionalizar, el viajero se suele mostrar escéptico o reticente.

Tafur, que no pudo llegar a la India, se las ingenia para tratar de ella, incorporando a su libro, el relato de Nícolo de Iconti, un famoso viajero veneciano. Pero, a la pregunta obligada de si había visto cosas monstruosas en la forma humana, así como algunos quieren decir, hombres de un pie o de un ojo, o tan pequeños como un copdo, o tan altos como una lanza, se limita a transcribir la escueta respuesta del veneciano. Dice que no sintió nada de todas estas cosas, pero que bestias vido de extrañas figuras.

El itinerario constituye, como quedó dicho, la materia narrativa esencial para el autor del libro de viajes, que se limitará a seguirlo, a contarlo en su desarrollo único y lineal, mediante la técnica combinada de la repetición, la digresión y la abreviación ya comentada. Lo que, sin embargo, no hay en el libro de viajes, frente a lo que es muy común en otras formas de la narrativa medieval, son entrelazamientos, acciones paralelas, que obliguen al narrador a interrumpir o dejar en suspenso su relato. Estamos ante una pura narración lineal y continuada que protagoniza también un solo personaje, individual o colectivo, real o fingido, y que además es casi siempre el propio narrador de la historia.

Esa identidad entre el protagonista y el narrador impone de ordinario la primera persona como forma de presentación del relato. Así están escritas, por ejemplo, las andanzas de Tafur, y es también el procedimiento que adoptan los libros de viajes fingidos, como el libro del conocimiento. El empleo de esa primera persona contribuye sin duda a hacer más atractivo y sugeridor al relato al receptor a quien transfiere más fácilmente, sin un narrador interpuesto, la experiencia vivida o imaginada.

Pero sobre todo tiene una función verificadora y testimonial que refuerza la verosimilitud y autenticidad de lo narrado. No es pues extraño que recurran a ella los libros de viajes fingidos, y es muy significativo y un gran acierto estilístico que Tafur, que la mantiene a lo largo de todo el relato de sus andanzas vividas, cuando tiene que contar el fecho de la India, ceda su uso y lo haga por boca del famoso viajero Nícolo de Iconti. De todos modos, a pesar del empleo de la primera persona, lo privilegiado en estos libros de viajes medievales son los datos externos, no el mundo personal, el yo del viajero, lo que sólo ocurrirá en los géneros autobiográficos modernos.

El protagonista es un simple espectador y anotador de los lugares y las cosas que observa, y a lo más que llega en este terreno de lo personal es, como Tafur, a contarnos si en un determinado lugar sufrió una dolencia, o recibió una herida, o se rapó la barba y el cabello, o perdió sus dientes a causa del intenso frío. De los libros españoles, sólo la embajada Tamorlán altera esa forma habitual de presentación del relato viajero y nos ofrece una narración más impersonal y objetiva en tercera persona. Ese empleo de la tercera persona se debe, sin duda, al carácter cronístico y oficial que posee la obra en la que no hay tampoco un protagonista individual, sino más bien colectivo.

Son los embajadores del rey Enrique III de Castilla que actúan en una empresa diplomática que es ya historia verdadera y merecedora de perpetuarse en lo escrito. Definidos y analizados, como hemos pretendido, los rasgos estructurales del género, quedaría hora para terminar, tratar del encuadramiento de estos libros de viajes en las corrientes literarias e ideológicas de la época en que se escriben. A nuestro juicio, los libros de viajes responden, más que a una ideología clerical y letrada o a una actividad mercantil, a la mentalidad y formas de vida caballerescas de la sociedad española del ocaso de la Edad Media.

Como empresa que pone a prueba el valor y esfuerzo personal del caballero, concibe Tafur en el prólogo de su libro el Visitar Tierras Extrañas. Dentro, pues, del estado de la caballería, es donde encuentra su plena justificación el recorrido de extrañas regiones que enaltece y adorna las virtudes del caballero. Por lo demás, el viaje a lejanas tierras es empresa que acometen infatigablemente tanto los caballeros de la ficción, son las salidas famosas de los héroes caballerescos desde Lanzarote, Percebal o Roboán hasta el propio Don Quijote, como los caballeros de carne y hueso de la España de la época, Don Pero Niño, Juan de Merlo o Diego de Valera.

En todos nuestros libros de viajes es bien patente la orientación y el gusto caballeresco que los preside. Incluso el clerical libro del conocimiento acaba resolviéndose en un tratado de geografía política y en una exposición heráldica de las armas de cada uno de los lugares y señoríos. La embajada es una relación de viajeros servidores del rey de Castilla, cuyo principal interés se centra en la descripción de las cortes que visitan, su ceremonial, protocolo, fiestas, banquetes, indumentaria.

Tafur, por su parte, será quizá el viajero que más ostentosamente exhiba su condición caballeresca. En Constantinopla introduce una larguísima digresión para probarnos que su linaje entronca con el del emperador. En el Santo Sepulcro arma caballeros a dos alemanes y un francés.

En Shafusa asistió a un torneo y en muchas ocasiones expone la superioridad del hidalgo sobre el villano. La literatura de viajes habría que ascribirla, por tanto, a la literatura de ideología caballeresca que aún preside el siglo XV castellano, en el que casi nunca se logró resolver felizmente la tensión permanente entre armas y letras. Como se lee en el victorial de Gutiérrez X de Gámez, según aconsejaba su maestro Apero Niño, el que ha de aprender y usar arte de

caballería no conviene despender luengo tiempo en escuela de letras.

Tampoco parece, en efecto, que los autores de libros de viajes poseyeran escuela de letras, ni una afinada cultura humanística. Aunque se permiten exhibir en ocasiones un cierto conocimiento de la antigüedad, se trata casi siempre de lo más legendario y trillado por la Edad Media, lo que procedía de la leyenda de la Troyana y de la de Alejandro, o alguna rara y genérica alusión mitológica. En cuanto al estilo, tampoco participan siquiera de la moda retoricista y latinizante que inunda la prosa del siglo XV, sino que permanecen anclados en los usos medievales más arcaicos.

Frente al complicado periodo hipotáctico y al retórico ordo artificialis que fundamentará aquella prosa humanística, nuestros autores se aferran a la más arcaica y elemental construcción paratáctica que trocea el discurso en breves y reiterados periodos, pero que, por lo demás, resulta quizá el procedimiento que mejor se acomoda a la linealidad de la narración y a la descripción acumulativa y acelerada del libro de viajes. De igual modo, a excepción del ya comentado uso de la comparación, es prácticamente inexistente cualquier tipo de figuras y ornamentos retóricos. El léxico, también escasamente culto y latinizante, abundará, en cambio, en términos de la jerga cancilleresca, marinera y militar.

De lo que hasta aquí hemos venido viendo, seguramente debe concluirse que los libros de viajes medievales no poseen un valor literario sobresaliente. Y, en efecto, puede que sean relatos un tanto confusos y desorganizados, donde también en un pobre estilo se acumulan episodios, noticias y lugares sin un orden constructivo artísticamente muy logrado. No obstante, como hemos pretendido, puede hacerse el inventario de un cierto número de rasgos y procedimientos literarios que, por elementales que sean, informan ese tipo de relatos.

En la medida que ha sido posible dar cuenta de ellos y diferenciarlos de los de otras obras y géneros, creemos que hay que admitirlos como una técnica de composición particular bien conocida por los autores que a ella se aplicaban y de la que extraían no malos resultados del todo. Esa técnica de composición ha de cubrir así una parcela literaria autónoma en el difuso panorama de nuestra prosa narrativa de fines de la Edad Media. Y fuera de ese valor histórico literario, que es el que aquí, lógicamente, más nos ha interesado, no debe olvidarse tampoco la repercusión de estos libros de viajes en la historia de nuestra propia civilización.

En ese terreno, su aportación más decisiva fue la de contribuir de manera notable a la ampliación del horizonte de conocimientos de la época. La fascinación por lo nuevo y lo desconocido que transmitían aquellos relatos, junto a la propia experimentación del viajero que siempre dejaba aún más allá y un misterio que desvelar, suponían un permanente acicate para nuevas empresas que culminarían con los descubrimientos geográficos de fines de la Edad Media. No sorprende así que Hernando Colón, al hablar en la historia del almirante de las causas que movieron a su padre, afirme que, además de los fundamentos naturales y los indicios de los navegantes, fue también la autoridad de muchos hombres doctos, entre los que cita expresamente a Marco Polo y a Juan de Mandeville, quienes en sus obras, afirma, dicen que

pasaron mucho más adentro del Oriente de lo que escriben Ptolomeo y Marino.

Y aunque suceda que no hablen del mar occidental, puede arguirse, por lo que describen del Oriente, que la India está vecina a África y España. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org El profesor Miguel Ángel Pérez Priego desarrolló el tema de filología de hoy, los libros de viajes medievales. Volveremos el próximo lunes a la hora habitual de nuestro espacio.